

nudo conforme al conocimiento más profundo que han adquirido de los fenómenos sociales, los intelectuales se creen con frecuencia los representantes del interés general enfrente de los intereses de clase y los representantes de ideas independientes de los factores económicos.

El número de los intelectuales va siempre en aumento, y con ellos parece progresar el interés colectivo frente á los intereses de clase, y parece crecer igualmente la liberación de las artes, de las ciencias, de los conceptos morales de las fuerzas económicas. Únicamente interpretándolas así, es como las frases de Bernstein resultan inteligibles para nosotros y pierden su carácter místico, pero también dejan de probar cosa alguna contra el materialismo histórico. Lo que ahora nos resulta inteligible es la interpretación dada por Bernstein.

La evolución que acaba de describirse hace nacer en las *capas intelectuales* simpatías tanto mayores por el proletariado, cuanto que el movimiento proletario aumenta más y amenaza á la sociedad actual, la situación económica de los *intelectuales* se aproxima más á la del proletariado y éstos dependen más de una aristocracia del dinero vanidosa y brutal. Pero sólo un pequeño número se decide á tomar parte directa en la lucha proletaria. No es únicamente su situación híbrida entre las dos clases combatientes lo que les impide tomar decididamente una posición, es que su misma condición les imposibilita para la lucha.

No tiene nada de extraño que se sobrecojan de pavor en presencia de las grandes luchas decisivas que se preparan entre el mundo capitalista y el mundo proletario. Como las Sabinas, arrebatadas á sus padres, se lanzan entre los combatientes y les

conjuran á reconciliarse ó á emplear al menos armas de combate que no hagan mucho daño.

Pero ¿dónde puede tomarse la fuerza capaz de hacer desaparecer ó de atenuar al menos las oposiciones en pugna? Desconfiado de encontrarla en la vida económica, se la busca en los progresos de la moralidad. La fuerza capaz de vencer las resistencias, de suavizar las oposiciones á satisfacción de todos, de sustituir la lucha por la evolución pacífica de la reconciliación, es la moral independiente de las fuerzas económicas y superior á ellas.

Pero no hay lugar para una moral semejante en el cuadro del materialismo histórico. Este es, pues, el enemigo que se precisa vencer ante todo, si se quiere que la moral pueda ejercer sus derechos. No son los historiadores, sino los moralistas, quienes declaran que el materialismo histórico ha pasado ya, y de tal modo ha pasado, que acuden ellos cada vez en mayor número para combatirlo!

Es evidente que Bernstein no ha podido resistir este asalto. Pero encuentra el concepto del materialismo histórico demasiado amplio para creerse autorizado á reconocer la legitimidad de la crítica de los moralistas; permaneciendo fiel á la concepción marxista de la historia, hasta cree poder comprobar esta evolución en Marx y Engels. No ve que es esta una evolución del pensamiento que se ha convertido de consecuente en inconsecuente, de profunda en superficial, de precisa en vaga, es decir, un paso atrás desde el punto de vista científico, y precisamente en una cuestión fundamental. La manera como Bernstein concilia la necesidad histórica y la libertad moral en su filosofía de la Historia, significa que en la práctica el Par-

tido Socialista debe aceptar un compromiso entre la necesidad de la evolución económica y la libertad del utopismo, entre la lucha de clases y la reconciliación de las clases por el interés colectivo.

Sería necesario que Bernstein aportara otros hechos si quiere convencernos de la exactitud de esta opinión.

b) La dialéctica.

Si Bernstein hace el comentario, no la crítica, del materialismo económico, su libro ya es otra cosa.

«La doctrina de Marx y Engels—dice—ha experimentado una evolución; pero todos los cambios que hay que apreciar aquí y allí... no han sido reconocidos en su formulación definitiva... Marx y Engels se han limitado á indicar, y á veces á reconocer con relación tan sólo á ciertos puntos, la influencia que los cambios (reconocidos por ellos) en los hechos y la mejor comprensión de los hechos deben ejercer sobre la formulación y aplicación de la teoría. Y sobre esta última materia, tampoco faltan contradicciones entre ellos. Han dejado á sus sucesores la tarea de restablecer la unidad en la teoría y el acuerdo entre la teoría y la práctica... Hoy puede probarse *todo* con los escritos de Marx y de Engels. Para los apologistas y abogadillos literarios, esto es muy cómodo seguramente. Pero el que ha conservado aunque no sea más que un poco de sentido teórico, sentirá la necesidad, en cuanto descubra estas contradicciones, de despejar el terreno. En esto, y no en la sempiterna repetición de las palabras del maestro, consiste el deber de los discípulos.»

terna repetición de las palabras del maestro, consiste el deber de los discípulos.»

No puedo negar la exactitud de las frases con que comienza y termina este pasaje. En cuanto á lo demás, no oculto mi opinión, como tampoco lo hace Bernstein con respecto á Marx y Engels, aun á riesgo de pasar á sus ojos por un apologista ó un abogadillo.

Claro está que la teoría marxista no ha salido en bloque del cerebro de sus autores, que ha realizado una evolución, y es una verdad banal la de hacer notar que la misión de los discípulos no consiste en repetir eternamente las palabras del maestro. Los resultados obtenidos por Marx y Engels no son la última palabra de la ciencia. La sociedad se transforma perpetuamente, y se ven producirse no sólo nuevos hechos, sino también nuevos métodos de observación y de investigación.

Más de una afirmación de Marx y de Engels no es admitida en nuestros días, y más de una necesita una restricción; es preciso llenar muchas lagunas que ellos dejaron.

Pero no es de este género de evolución realizada por la teoría del que habla Bernstein, sino de las contradicciones á que fueron arrastrados Marx y Engels por sus propios progresos científicos al no deducir todas las consecuencias y al permanecer fieles á rancias ideas, que estaban en contradicción con sus propias ideas nuevas.

Esto no es evidente y necesita ser demostrado de un modo perentorio. Por regla general, la evolución de una teoría es distinta de como aquí la describe Bernstein. Debe unirse en sus comienzos á los de sus precursores; no puede, por lo tanto,

estar exenta de contradicciones; pero cuanto más se perfecciona, más independiente se hace, más se despoja de las fórmulas recibidas, y adquiere más unidad y cohesión. ¿Por qué había de suceder otra cosa con Marx y Engels, dos pensadores que se han esforzado siempre en dar unidad á su teoría, claridad á sus pensamientos y precisión á sus palabras, como lo reconocen hasta sus mismos adversarios?

¿Han caído estos hombres sin darse cuenta de ello en tan graves contradicciones, y son tan vagos sus pensamientos que pueda probarse lo que se quiera con sus escritos? Es verdad que muchas frases de Marx y de Engels parecen susceptibles de distintas interpretaciones; pero ¿debe pasar uno por un abogadillo ó apologista porque trate de comprenderlas sin ver en ellas contradicción? Es destino de toda filosofía que penetra hasta el fondo de las cosas, el no ser comprendida de primera intención y el ser diversamente interpretada. Sólo comprenderá á un pensador profundo el que es capaz de familiarizarse completamente con la marcha de su pensamiento. Un adversario lo conseguirá difícilmente, y allí donde el que se ha familiarizado con el pensamiento del autor no encuentra más que unidad perfecta y cohesión, él no verá más que contradicciones, que sólo un apologista puede conciliar.

¿En qué consiste que Bernstein no haya descubierto estas contradicciones en Marx y Engels hasta que ha abandonado la corporación de los apologistas y abogados? ¿Qué es lo que le ha abierto los ojos? Tenemos derecho á esperar que las graves palabras de Bernstein respondan á hechos serios y convincentes.

Al principio nos da en apoyo de su afirmación un solo ejemplo. ¡Pero debe ser un ejemplo aplastante!

En el prefacio de la nueva edición del *Manifiesto comunista* (1872), Marx y Engels decían del programa revolucionario en él expuesto «que ciertos pasajes estaban anticuados». Pero en 1885, Engels hizo reimprimir un programa revolucionario del año 1848 y una circular de la Comisión Ejecutiva de la Unión Comunista haciendo notar «que más de una persona podía aprender algo en ellos» y que «varias cosas convenían á nuestra época». Debo confesar que soy demasiado apologista y abogadillo para encontrar algo que esté en contradicción con los «ciertos pasajes anticuados» citados más arriba. Es cierto que el prefacio de 1872 añade: «La *Commune* ha probado en 1871 que la clase obrera no puede contentarse con tomar posesión pura y simplemente de la *máquina gubernamental* tal cual es y ponerla en movimiento por su propia cuenta». «Pero cinco años más tarde —continúa Bernstein— Engels dice sencillamente en su *Anti-Dühring*: «El proletariado se apodera del Poder público y transforma en seguida los medios de producción en propiedad del Estado».

Parece que Bernstein considera tan evidente la contradicción entre estos dos puntos, que juzga superfluo el explicarla. En cuanto á mí, con la mejor voluntad del mundo, no puedo descubrir ninguna contradicción. Cuando Engels dice que la clase obrera no puede contentarse con tomar posesión de la *máquina gubernamental* tal cual es, no quiere decir que no pueda tomar posesión de ella. Esto sería una transformación radical de uno de los fundamentos de la política marxista, y Marx y

Engels no la hubieran realizado así en dos líneas, sin acompañarla de un comentario. El que conserve aún alguna duda sobre el sentido que debe darse á la frase en cuestión que relea el prefacio de Engels (tercera edición), publicado en 1891, de *La guerra civil en Francia*. Y leerá, entre otras cosas: «La Commune debía reconocer desde el principio, que la clase obrera, una vez en el Poder, no podía gobernar con la antigua máquina gubernamental; que esta clase obrera debía desembarazarse de la antigua organización de represión utilizada contra ella hasta entonces, y asegurarse contra sus propios diputados y funcionarios, para no perder el Poder apenas conquistado.» ¿En qué contradice esta explicación á la frase arriba citada: «El proletariado se apodera del Poder público y transforma los medios de producción en propiedad del Estado»? Es preciso hallarse en oposición absoluta con el punto de vista marxista para ver aquí una contradicción. Es cierto que Bernstein encuentra más tarde modo de señalar otras contradicciones. ¿De dónde proceden? ¿Cómo se explica que dos pensadores de una lógica tan rigurosa hayan podido engañarse de tal suerte? La culpa la tiene la dialéctica de Hegel. Ella es el pecado original del marxismo.

Si Engels hubiera sometido su teoría á la revisión que necesitaba, «se hubiera visto obligado, si no en la forma, al menos en el fondo, á ajustar la cuenta definitiva con la dialéctica hegeliana. Ella constituye el elemento pérfido en la doctrina marxista, el cepo, el obstáculo que cierra el camino á toda apreciación lógica de las cosas».

«Los esfuerzos de lógica del hegelianismo son

brillantes, radicales y espirituales. Como el fuego fatuo, nos hacen ver en sus vagos contornos perspectivas de un más allá. Pero si, confiados, les seguimos, caemos infaliblemente en un atolladero. Lo que de grande han producido Marx y Engels, no lo han producido gracias á la dialéctica hegeliana, sino á pesar de ella.»

Pero ¿qué resta de la doctrina marxista quitándole la dialéctica, que era «su mejor herramienta» y «su arma más acerada»? ¿No eran Marx y Engels dos dialécticos en toda la fuerza de la palabra?

En 1875, Dühring decía en su *Historia crítica*, hablando del primer volumen del *Capital* de Marx:

«La falta de lógica natural é inteligible que caracteriza á la confusa dialéctica y á los arabescos del pensamiento no permite prever lo que, hablando un lenguaje claro y humano, seguirá en los otros dos volúmenes. Es preciso aplicar á la parte ya publicada el principio de que, según cierta opinión y conocido prejuicio filosófico, *todo está en cada una de las cosas y cada una de las cosas está en todo*, puesto que en resumidas cuentas y en virtud de esta mezcla de ideas falsas é incoherentes, *todo es uno y lo mismo*.»

Poco más ó menos, esto es lo que dice Bernstein cuando pretende que con Marx y Engels puede probarse lo que se quiera. No hay entre Bernstein y Dühring más que una diferencia, y es que este último no se imaginaba de ningún modo efectuar con su crítica «el desarrollo y perfeccionamiento de la doctrina marxista», llegando al extremo de

«que finalmente el mismo Marx es quien tiene razón contra Marx».

Dejemos aparte por el momento á Marx y ocupémonos de *ajustar la cuenta* á esta pérvida dialéctica.

¿Qué es, pues, esa cosa inmoral que nos tiende lazos y pone en peligro nuestra virtud? No es más que la concepción que nos hace considerar al mundo, «no como un conjunto de cosas acabadas, sino como un conjunto de procesos donde las cosas en apariencia fijas y estables no menos que las nociones (que son sus imágenes impresas en nuestro cerebro) se hallan en un estado de continuo movimiento, en el cual se verifica una incesante evolución á despecho de todos los retrocesos momentáneos y á pesar de todas las contingencias aparentes.» (Engels, *Feuerbach*, pág. 46.) Pero la fuerza que determina toda evolución es la lucha entre los elementos contrarios.

¿Considera Bernstein como falsas esta concepción y las formas particulares que ha tomado en Hegel, Marx y Engels? Quiere revisar la teoría, cosa que Engels ha desdeñado hacer; declara que es preciso ante todo ajustar la cuenta á la dialéctica, se ensaña con ella, pero no nos dice ni una sola palabra, en su obra, que nos explique en qué consiste, según él, el error de esta dialéctica. No hace más que declararla muy peligrosa, porque puede hacerse de ella un empleo absurdo.

«Las fórmulas podrán ser ocasionalmente utilizables para la demostración de las relaciones recíprocas y de los desarrollos de ciertas cosas reales. Podrán haber sido de gran utilidad para la exposición de problemas científicos y habrán podido

dar el impulso hacia importantes descubrimientos. Pero desde que se han hecho desenvolvimientos deductivos con estas fórmulas por punto de partida, renace el peligro de las construcciones arbitrarias. Este peligro aumenta á medida que es más complicado el asunto de cuyo desarrollo se trata.»

Convenimos en ello. Pero ¿qué prueba esto contra la dialéctica? Aun suponiendo que Marx y Engels no hayan sabido utilizarla, sería esto un argumento contra ellos, pero no contra el método. Es evidente que la dialéctica no debe ser más que un instrumento para estudiar la realidad y comprenderla, y no un medio de evitarse el estudiarla, que no es una fórmula mágica que produzca por sí sola resultados definitivos, y que no tiene valor sino en cuanto sus resultados son justificados por los hechos. Esto pasa con la dialéctica y con todo método de observación.

Cualquiera que construya hipótesis fuera del dominio de la realidad, se extraviará siempre, ya utilice la dialéctica ó vuelva á la filosofía de Kant. Pero Marx ¿ha llegado á construir hipótesis arbitrarias? Dühring lo ha pretendido á propósito del pasaje sobre la tendencia histórica á la acumulación de los capitales en el *Capital*: «la negación hegeliana de la negación debe servir aquí, á falta de medios mejores y más claros, para deducir el porvenir del pasado». A lo que contestó Engels en el *Anti-Dühring*: «Al designar un hecho como negación de la negación, Marx no pretende probarlo como históricamente necesario. Al contrario. Después de probar históricamente que el hecho se ha realizado en parte y debe acabar de realizar-

se, añade que su realización está sometida á una ley dialéctica determinada. Y esto es todo». El mismo Marx declaraba en el apéndice de la segunda edición del *Capital*: «La observación debe apropiarse su objeto en todos sus detalles, analizarle en sus diversas fases de desarrollo y descubrir sus íntimas ligazones. Sólo después de este trabajo puede describirse la verdadera evolución. Si la operación sale bien, la vida del objeto aparece claramente al espíritu, é importa poco que el resultado parezca una construcción *á priori*.»

Si Bernstein opina que empleando la dialéctica de Hegel se corre el peligro de construir hipótesis arbitrarias, vemos aquí que, para Marx, se corre fácilmente el peligro, ateniéndose á las apariencias, de tomar por hipótesis *á priori* lo que es el resultado de una observación profunda de la realidad.

Veamos si Bernstein no hubiese hecho lo mismo. Examinemos las pruebas que presenta de los peligros de la dialéctica hegeliana. Tranquilícese el lector; Bernstein no le arrastrará á las profundidades de las especulaciones filosóficas. No. Se contenta con afirmar que la dialéctica de Hegel tiene sus méritos y sus peligros. Puede decirse otro tanto á primera vista de la lógica de toda filosofía, desde Tales hasta Nietzsche. Los detalles que nos da se refieren á ejemplos tomados de la historia de nuestro Partido, y destinados á probar los peligros de la dialéctica.

«El *Manifiesto comunista* proclamó en 1847 que la revolución burguesa, en vísperas de la cual se encontró Alemania, dados el desarrollo del proletariado y el estado avanzado de la civilización

européa, no podrá ser sino el prólogo inmediato de una revolución proletaria.

«Esta auto-sugestión histórica, de tal modo errónea, que el primer visionario político que llegara nada mejor podía encontrar, sería incomprendible en un Marx, que ya en esta época había estudiado seriamente la Economía, á no ser que se viera en ella el producto de un resto de la dialéctica antitética hegeliana.»

Que Marx y Engels se hayan engañado en esta frase, es un hecho que puede confirmar hoy fácilmente cualquier novicio en política, después de medio siglo transcurrido desde la revolución; pero es dudoso que fuera preciso ser «el primer visionario político llegado» para escribir esta frase un año antes de la revolución. Solamente los príncipes de la familia Hohenzollern son profetas infalibles en los dramas de Wildenbruch.

Pero dejando esto aparte, ¿qué tiene de común esta profecía con la dialéctica de Hegel? ¿Dónde dice ésta una sola palabra de la marcha de la evolución, que se realiza por «la negación de la negación»? ¿Sobre qué punto de la dialéctica hegeliana se apoyan Marx y Engels en su profecía del *Manifiesto comunista*? ¿Cómo se expresan?

«Los comunistas tienen los ojos fijos en Alemania, porque Alemania está en vísperas de una revolución burguesa y realizará esta revolución en condiciones de progreso mayores en general que en el resto de Europa y con un proletariado mucho más desarrollado que en Inglaterra en el siglo xvii y que en Francia en el xviii, y, por consiguiente, la revolución burguesa alemana no

será más que el prelude inmediato de una revolución proletaria.»

Como se ve, no hay aquí señales de dialéctica. Se apoyan en el ejemplo de la revolución burguesa en Inglaterra en el siglo XVII y en Francia en el XVIII. Estas dos revoluciones presentaban fenómenos similares. Su punto de partida era el alzamiento de la burguesía contra el absolutismo feudal; pero no pararon en esto, fueron el *preludio inmediato* del régimen terrorista de la pequeña burguesía y del principio de los movimientos revolucionarios plebeyos, aquí de los «niveladores», allí de los que seguían á Babœuf. El escaso desarrollo del proletariado y las condiciones sociales en general, hicieron fracasar estos movimientos. La revolución burguesa que se esperaba en Alemania en 1847, debía realizarse en mejores condiciones de progreso. Si era, como las revoluciones que la habían precedido, el *preludio inmediato* de un movimiento revolucionario del proletariado, debía obtener en 1848 un resultado enteramente distinto que en 1648 y en 1793.

Todo esto estaba muy lógicamente pensado, y no era propio del *primer visionario llegado*. ¿Y no tuvimos, poco después de la aparición del *Manifiesto comunista*, la revolución burguesa, no sólo en Alemania, sino en toda la Europa central, y no fué esta revolución durante las jornadas de Junio el prelude de un alzamiento proletario tan violento como nunca se había visto? ¿Serán Marx y Engels insensatos visionarios porque la revolución que predijeron en Alemania se extendió á toda la Europa central? ¿Pero no habían estudiado la Economía política, y podían ignorar que el proleta-

riado alemán estaba todavía demasiado atrasado en su evolución, para realizar en seguida una revolución que le fuera provechosa? ¿No era la dialéctica lo que les impedía notarlo?

Para comprender esto, hay que examinar desde muy cerca, no la dialéctica, sino los argumentos sobre los cuales se apoyaban expresamente Marx y Engels, á saber, la Revolución inglesa y la Revolución francesa. La primera duró veinte años, la segunda diez, ó, si se quiere comprender en ella la época napoleónica, más de veinte años, durante los cuales se modifica completamente la constitución económica y social del país.

Las tentativas de movimientos proletarios, ó si se quiere, de movimientos plebeyos, se produjeron tan sólo durante las revoluciones. Por analogía, Marx y Engels esperaban un movimiento revolucionario de muchas decenas de años y no de varios meses.

Ambos decían á los obreros: «Tenéis que sostener quince, veinte, cincuenta años de luchas sociales, no sólo para cambiar las condiciones sociales, sino para transformaros vosotros mismos y haceros dignos del Poder.» (Proceso verbal de la Comisión Central londinense de la Unión Comunista, 15 Septiembre 1850.)

No se hacían ilusiones sobre el grado de madurez del proletariado, sino sobre la duración é intensidad de la esperada revolución burguesa.

¿Cómo fué que la Revolución del 48 abortó miserablemente en Europa al cabo de algunos meses, mientras que la Revolución inglesa del siglo XVII y la Revolución francesa del XVIII permanecieron victoriosas durante decenas de años? Precisamente se debe á que en 1848 la evolución del proleta-

riado estaba mucho más adelantada. Marx y Engels no veían que el proletariado no puede aumentar su fuerza revolucionaria sin que las clases burguesas (capitalistas, pequeños burgueses, aldeanos, intelectuales) pierdan la suya en un grado mucho más alto; que toda manifestación de fuerza por parte del proletariado empuja á la burguesía al campo de la reacción, y que la burguesía no fué revolucionaria sino cuando no vió más allá que los *primeros visionarios llegados* y se equivocó acerca del poder del proletariado.

Su error no fué el de exagerar el valor del proletariado, sino el de la burguesía; ahora podemos fácilmente darnos cuenta; pero antes de 1848, es decir, mientras los mismos hechos no hablaron, los más perspicaces y clarividentes podían muy bien no observarlo.

Si queremos investigar á qué causa debe imputarse este error, la encontraremos en el estudio de la historia de la Revolución inglesa y de la Revolución francesa, y no en el hegelianismo.

Era uno de los principios de Hegel el de que la historia no se repite; que cada época tiene sus formas particulares de evolución, que no se deducen del estudio del pasado. Dice en un pasaje de la introducción á su *Filosofía de la Historia*:

«La experiencia y la Historia enseñan que los pueblos y los gobiernos no han sacado ninguna lección de la Historia y que no han obrado nunca con arreglo á las que hubieran podido sacar. Cada época presenta caracteres tan particulares, constituye un estado de cosas tan individual, que no se puede ni se debe explicarla sino por ella misma. Para juzgar la marcha tumultuosa de los acontecimientos

del mundo, no sirven de nada ni los principios generales ni la analogía de los hechos. Porque una pálida analogía no tiene ninguna fuerza en presencia de la vida y de la libertad de los hechos presentes. No hay nada tan insípido en este particular como las citas frecuentemente repetidas de ejemplos griegos y romanos, cosa que ocurría muy á menudo en Francia durante el período revolucionario.»

Marx y Engels se han abstenido de presentar semejantes testimonios. Pero aquel que ante todo se preocupa del porvenir, sucumbe muy fácilmente á la tentación de tratar de descubrir no sólo la dirección, sino también las formas de la evolución del porvenir; pero como no puede uno representarse bien más que aquello que conoce, todas las formas del porvenir reconstruidas hipotéticamente no son más que variaciones y reminiscencias del pasado.

Sólo una cosa podemos decir de la revolución futura: será diferente de las que la han precedido y de la que se ha imaginado ó se imagina cualquiera de nosotros, bien sea Engels ó Bernstein. Lo importante es ver claro en la realidad: este fué el caso de Marx y Engels. A pesar de los peligros de la dialéctica hegeliana, ellos fueron en el destierro los primeros entre los refugiados revolucionarios que reconocieron lo que hacía falta.

«Pero—dice Bernstein—esta contradicción entre la madurez real y la madurez hipotética de la evolución, se ha repetido muchas veces aún.» Algunas observaciones tomadas en estos últimos años lo demostrarán.

En la introducción de la segunda edición de su

Problema de los alojamientos, Engels habla de «cierto socialismo de pequeños burgueses que tiene sus representantes en el mismo Partido Socialista y hasta en la fracción socialista del Reichstag. Y esto de tal modo, que se reconocen como perfectamente justificadas las ideas fundamentales del Socialismo moderno y su pretensión de socializar todos los medios de producción, declarando al mismo tiempo que la realización de este programa no será prácticamente posible hasta una época lejana, cuya llegada no se puede prever».

A esto responde Bernstein:

«Es, por lo menos, muy poco científico el juzgar la opinión de un político ó de un teórico sólo por la idea que tiene de la rapidez con que se efectúa la evolución social. La identificación de la idea proletaria con la de la abolición directa é inmediata de todos los contrastes sociales, conduce á una interpretación muy mezquina de esta idea. *Proletario*, conforme á este método, significaría brutal, grosero. Si la fe en la inminencia perpetua de la catástrofe revolucionaria hacía al socialista proletario y revolucionario, los revolucionarios á toque de campana serían los primeros que tendrían derecho á esta calificación.»

Ahora pregunto yo: ¿dónde se encuentran en la frase de Engels las expresiones *abolición directa é inmediata de todos los contrastes sociales y catástrofe revolucionaria inminente?* En mi opinión, el sentido de las citadas frases es muy sencillo y muy fácil de comprender; para el proletario que lucha con conocimiento de causa, la lucha contra el salariado, contra la explotación capitalista y la propiedad privada de los medios de producción es una cosa absolutamente práctica. Puede esperar más

ó menos tiempo la supresión del salariado capitalista; puede ésta realizarse más ó menos pronto; el objeto del proletario no es por eso menos preciso y determina enteramente su acción práctica. Para el pequeño burgués, que se aprovecha de la propiedad privada de los medios de producción, que aún espera llegar á ser burgués, que puede perder algo más que sus cadenas, la supresión de la propiedad capitalista no es una cuestión de necesidad práctica, sino todo lo más una cuestión de benevolencia platónica. La soberanía capitalista le es desagradable, y aplaude la lucha del proletariado. Pero la victoria del proletariado no es para él una necesidad urgente. No experimenta el deseo de asistir á ella. Le importa poco que el régimen socialista tarde en llegar quinientos años.

No veo lo que hay de absurdo en explicar las diferentes opiniones del proletario y del pequeño burgués por sus diferencias de clase.

Esto está de acuerdo con el materialismo de Engels. Si Bernstein no se ha dignado comprender así las frases de Engels y ha preferido dar de ellas una *interpretación bastante mezquina*, sólo podrá explicarse suponiendo que Bernstein se ha sentido herido por la observación de Engels acerca de los pequeños burgueses, y que desde entonces no las ha leído con imparcialidad, sino prevenido en contra.

En ese caso fué Engels buen profeta cuando dijo: «Si, como es necesario y hasta deseable, esta tendencia adquiere un día una forma más clara y más precisa, para formular su programa tendrá que remontarse hasta sus predecesores, y no podrá desentenderse de Proudhon».

Ahora bien, Bernstein canta en su libro los loores de Proudhon.

A pesar de su don profético, Engels no había previsto, en 1887, que el redactor del *Sozialdemokrat* iba á resucitar á Proudhon.

Pero Engels también se engañó en otra de sus profecías. Había declarado en 1885 que «la próxima conmoción europea se produciría pronto (las revoluciones en Europa se han producido en nuestro siglo de quince en diez y ocho años, 1815, 1830, 1848-52, 1870)». (Prefacio de las *Revelaciones relativas al proceso de los comunistas de Colonia*, p. 14.)

Es innegable que la frase resulta un poco extraña. Diríase que Engels se basaba en sus profecías sobre un cálculo de años bastante infantil. En vano se buscará una señal cualquiera de dialéctica, pero la argumentación no parece precisamente demostrar un método científico.

Mas creo que no nos debemos dejar engañar por las apariencias. Recordemos el pasaje del *Capital* ya citado. Marx nos hace observar que cuando se llega á expresar en toda su verdad la vida del objeto, parece que se tenga entre manos una hipótesis construída *a priori*. El mismo nos muestra claramente el modo de desarrollo de la propiedad por *la negación de la negación*. Pero el que ignora cómo Marx ha llegado al conocimiento de este desarrollo, puede fácilmente creer que lo ha obtenido de la fórmula de Hegel.

Lo mismo ocurre aquí. Parece que Engels haya anunciado en 1885 la inminencia del movimiento revolucionario en Europa, porque calculaba su realización para dentro de quince ó diez y ocho años. Lo que resulta verdad es lo contrario: porque Engels esperaba una conmoción política en Europa, es por lo que veía en ello una nueva prueba de que

las revoluciones europeas, en el siglo XIX, se renuevan á intervalos regulares.

Pero ¿cómo Engels esperaba en 1885 una conmoción política en Europa?

Como entonces mantenía yo en Londres relaciones muy estrechas con Engels, conocía su opinión, y me creo obligado á darla á conocer aquí, para librar al que fué mi maestro de la ridícula sospecha de haber hecho predicciones fundadas en simples números.

¿Qué situación era la de 1885? El centro de gravedad de la política europea estaba en Alemania, pero en ella la vida política se hallaba estancada.

En el interior y en el exterior, Bismarck no tenía ya recursos; sin embargo, continuaba en el Poder, gracias al armisticio que le concedieron los partidos burgueses, para no turbar los últimos días del viejo emperador. Pero los días de Guillermo I estaban contados, y su muerte debía traer la realización de la próxima conmoción europea. La lucha de clases, tanto tiempo aplazada entre la aristocracia y la burguesía, debía inflamarse más ardiente que nunca, y el antagonismo entre Bismarck y el emperador Federico debía encarnizarla aún más. La disensión entre estos dos últimos, simple intriga de corte en su origen, amenazaba convertirse en una lucha histórica, que sólo podía terminar con la caída de Bismarck y de su sistema, y con la victoria del liberalismo. Pero, actualmente, vida y movimiento político y social quiere decir vida y movimiento del proletariado. La subida del liberalismo debía tener por consecuencias inevitables el desencadenamiento y la rápida elevación del proletariado, y provocar un conflicto entre él y el régimen liberal.

Tal era la idea que en 1885 se formaba Engels de la situación política. ¿Era absurda esta idea? ¿No fué, por el contrario, altamente justificada por los acontecimientos? ¿No hemos tenido en 1890 una conmoción política, que, como la Revolución de Julio de 1830, parecía circunscribirse á un solo país, pero que ejercía una eficaz influencia en toda Europa? ¿No daba gusto vivir entonces, cuando vimos duplicar el número de nuestros votos en las elecciones, cuando fracasó la ley contra los socialistas y cayó Bismarck? Sin embargo, Engels no esperaba la dictadura del proletariado entre 1888 y 1890.

Bien es verdad que se había figurado la conmoción mucho más profunda. La gran lucha entre el liberalismo y el partido conservador, entre los hidalguillos y la burguesía, lucha que debía levantar á la nación entera, no estalló; en parte, por razones personales que nadie podía prever. El reinado de Federico duró poco; el verdadero sucesor de Guillermo I fué su nieto. Pero estas razones personales no hubieran podido cambiar tan radicalmente la situación, si el factor con que había contado Engels, es decir, el liberalismo, no hubiera fallado. Este era el punto flaco del pronóstico de 1885, como lo fué del de 1847. Las dos veces se exageró la fuerza de resistencia revolucionaria de la burguesía.

Sería preciso tener en cuenta este hecho si se emprendiera una revisión de las ideas marxistas. Marx y Engels calculaban siempre en el supuesto de una evolución política, en la que un régimen burgués democrático preparara el camino á la democracia proletaria. Hoy debe renunciarse á esta esperanza. Allí donde ya no existe la democracia,

sólo aparecerá ésta como democracia proletaria. Pero es dudoso que esta consideración pueda traer una revisión de las doctrinas marxistas en el sentido en que Bernstein lo entiende.

Es dudoso también que Bernstein haya comprendido exactamente el conocido prefacio que escribió Engels para *La lucha de clases en Francia*, de Marx.

«Engels—dice Bernstein—al fin de su vida (en el prefacio de *La lucha de clases*), ha reconocido sin rodeos el error que Marx y él habían cometido en su cálculo de la duración de la evolución política y social. El mérito que se ha conquistado con la publicación de este escrito, que podría llamarse su testamento político, no puede ser exagerado. El alcance de este escrito es considerable. Pero este prefacio no era el lugar más á propósito para deducir todas las consecuencias que se derivan de esta confesión tan espontánea. Tampoco podía esperarse de Engels que emprendiera él mismo las rectificaciones teóricas que esta confesión llevaba consigo... Más importante que la rectificación que consigo lleva, según el prefacio de Engels, la historiografía socialista de los tiempos modernos, es la que proviene de la interpretación integral de la lucha y de los deberes de la democracia social.»

Leyendo estas líneas, debe creerse que Engels confesó poco antes de su muerte un error que había permanecido oculto hasta entonces y que altera de arriba abajo todas nuestras ideas «sobre la lucha y la misión del Partido Socialista». Pero era demasiado tarde para que Engels emprendiera

él mismo la revisión necesaria. Esta es la misión de sus sucesores. ¿Pero, en realidad, qué prueba Engels en este prefacio? La exactitud de nuestras ideas sobre la lucha y la misión del Partido Socialista, tales como reinaban en las filas del Partido en la época en que se compuso el prefacio y varias decenas de años antes. Este testamento político de Engels no era una corrección de la táctica del Partido Socialista, sino una confirmación de esta táctica. No hay ni una sílaba en el prefacio que autorice á Bernstein á pretender que el movimiento de conversión que ha hecho desde 1895 no es sino la ejecución del testamento político de Engels.

Engels no critica el sistema de lucha del Partido Socialista de 1895, sino el sistema de lucha de 1848. Dice de este último, «que actualmente está anticuado bajo todos los aspectos», y es el punto que estudia más detenidamente en esta ocasión. A este sistema de lucha opondría el de los socialistas alemanes, que lo pusieron en práctica por primera vez, «enviando á Augusto Bebel al primer Reichstag constituyente. Y desde ese día han usado del derecho de votar de tal modo, que han podido obtener toda clase de ventajas y servir de modelo á los trabajadores de todos los países.» Ni una línea de este escrito trasluce el deseo de corregir las ideas de lucha de los deberes del Partido Socialista. Engels sigue siendo, como antes, el viejo revolucionario. «El derecho á la revolución ¿no es el único derecho verdaderamente histórico?» En 1891 repetía otra vez la frase «dictadura del proletariado.» (Prefacio de *La guerra civil en Francia.*)

Y á fines del mismo año escribía: «¿Cuántas veces los burgueses nos han exhortado á renunciar en todas las circunstancias al empleo de medios revolu-

cionarios y á no quebrantar la ley, ya que ahora la ley de excepción está abolida y el derecho común se ha restablecido para todos, incluso para los socialistas! Desgraciadamente, no estamos en situación de procurar este placer á los señores burgueses. Lo que no obsta para que no seamos nosotros quienes hacemos violencia á la ley. Al contrario, ella trabaja tanto por nosotros, que seríamos unos insensatos si la violáramos mientras así nos prepara el camino. Es más interesante preguntarse si no serán precisamente los burgueses y su Gobierno quienes violarán la ley y el derecho para aplastarnos por la fuerza.» (*Neue Zeit*, X, 1, pág. 583.)

Estos son, exactamente, los mismos pensamientos que Engels expresa en el prefacio á *La lucha de clases*. Si no aparecían tan claros en este último, la culpa no es de Engels, sino de sus amigos de Alemania, que le suplicaban dejase la conclusión, por parecerles demasiado revolucionaria. Juzgaban que el prefacio decía las cosas con suficiente claridad. Pero es evidente que este no es el caso.

De todos modos, las opiniones expresadas por Engels hacia 1890 prueban bastante, en su conjunto, que *la famosa confesión* se refiere al error de 1848, y no á otro, y que recomendaba la táctica de 1867.

Si es así, el testamento político no hace enteramente necesaria una revisión de la teoría. Marx y Engels se hallaban en situación de emprender esta revisión; sus obras fundamentales *El Capital* y el *Anti-Dühring* fueron terminadas bajo la influencia de las ideas y experiencias inspiradas por la nueva táctica. Por esto, la teoría marxista, en obras más maduras, está exenta de contradicciones. El que lo dude puede encontrar la prueba en el